

BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

| | |
|-------------------|--------------------------------------|
| ANTONIO MACHADO | Alemania o la exageración |
| ERNEST HEMINGWAY | Apuntes sobre la próxima guerra |
| LUCIEN BOSSOUTROT | Ansia de un mundo nuevo |
| B. SANIN CANO | Trescientos millones de víctimas |
| KURT KERSTEN | Goethe y la Revolución Francesa |
| JEAN CASSOU | Examen de conciencia del intelectual |
| WALDO FRANK | Carta Whitmaniana |
| J. HUIZINGA | La cooperación intelectual |
| MARTIN BUBER | Un proceso espiritual |
| ALFONSO REYES | Aduana lingüística |
| MARIO JUAREZ | Un poeta alciónico |
| LUIS FRANCO | Coplas de gesta |
| MALCOLM COWLEY | Frau Marx |
| JOSE MARTI | En la muerte de Marx |

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

SUMARIO DEL N.º 1

(MAYO)

| | |
|------------------|---|
| JEAN GUEHENNO | La fiesta de Hércules |
| LEWIS MUMFORD | El poder de lo patológico |
| LUIS ARAQUISTAIN | Retrato de Hitler |
| J. EDWARDS BELLO | Juicios extranjeros sobre Chile |
| ANDRE GIDE | Jef Last, poeta holandés |
| JEF LAST | Dos fragmentos de un discurso en Madrid |
| EMIL LUDWIG | Postscriptum a Mussolini |
| DIEGO RIVERA | Programa de lucha o de adaptación |
| B. SANIN CANO | ¿Quién es mi prójimo? |
| EDMUND WILSON | Stalin como icono |
| IGNACIO SILONE | Un recuerdo infantil |
| HORACIO QUIROGA | Los Precursores |

SUMARIO DEL N.º 2

(JUNIO)

| | |
|--------------------|--|
| ALBERT EINSTEIN | La unidad de la vida |
| PAUL VALERY | América, proyección del espíritu europeo |
| THOMAS MANN | La guerra como solución desesperada |
| STEPHEN SPENDER | El punto de vista moderno |
| T. NAVARRO TOMAS | Miguel Hernández, poeta campesino |
| MIGUEL HERNANDEZ | El niño yuntero |
| JORGE SANTAYANA | Paganismo |
| ALFRED KERR | Recordando a Walther Rathenau |
| ALBERTO GERCHUNOFF | Carrión de los Condes |
| A. SERRANO PLAJA | El genio de España |
| ERNST TOLLER | Hábil interrogatorio |
| ERNESTO MONTENEGRO | El escritor y el pueblo |
| LEON TROTSKY | Krúpskaia ha muerto |
| BALDOMERO LILLO | La cruz de Salomón |

SUMARIO DEL N.º 3

(JULIO)

| | |
|----------------------|------------------------------------|
| ENRIQUE HEINE | El Evangelio y la Filosofía |
| MARCEL PRENANT | La Revolución Francesa en el mundo |
| J. C. MARDRUS | Misión del escritor |
| P. DRIEU LA ROCHELLE | El escritor y el político |
| ANDRE CHAMSON | Recuerdo de "La Comuna" |
| ADOLFO SALAZAR | Notas sobre la Revolución Francesa |
| MANUEL ROJAS | El espíritu revolucionario |
| M. PICON-SALAS | Americanismo y autoctonismo |
| PAUL MORAND | Los franceses y la Argentina |
| E. MARTINEZ ESTRADA | Leer y escribir |
| CARLOS VICUÑA | Semblanza de un maestro |
| PAUL GROUSSAC | Pascua sangrienta |

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 4 + AGOSTO 1939 + CHILE

ALEMANIA O LA EXAGERACION

(Notas y recuerdos de Juan de Mairena)

POR ANTONIO MACHADO

De Hora de España

NO es la guerra, como tantas veces por todos los medios—científicos, literarios, metafísicos—de aumentar el número de sus enemigos—¿cómo guerreará quien no los tenga?—y de excitarlos a reforzar sus recursos marciales. El resultado es la carrera de los armamentos; y todo ello puede terminar en una guerra contra la paz, absurda y monstruosa, que haga imposible por muchos años la amorosa convivencia entre los hombres. Para ello, no vacilará Alemania en declararse enemiga de la especie humana, ni en retarla a descomunal combate, no sin antes haber inventado, para andar por casa, otro animal—rubio, germánico, incastable—a quien deba corresponder la victoria. El resultado será que Alemania no ganará la guerra; pero Europa perderá la paz y, con ella, su hegemonía en el mundo.

✱

Estas palabras de Juan de Mairena, anteriores a la Guerra Europea—Mai-

rena murió en 1909—y, a su modo, proféticas, nos han hecho pensar en otras más recientes de Max Scheller, un egregio pensador alemán, cuya muerte no habrá llorado el *Fürher*, pero que nosotros, los españoles, debemos lamentar; porque Scheller fué un gran filósofo y un buen amigo de España. Todo un largo estudio dedicó Max Scheller a responder a esta pregunta: ¿Por qué son los alemanes tan impopulares en el extranjero? ¿A qué se debe la antipatía invencible que despiertan los alemanes fuera de su patria? Al trazarnos Max Scheller la epopeya o figura moral de la nación alemana, subraya esta desmesura, a que aludía Mairena, como nota característica al trabajo, al placer que encuentra el alemán en el trabajo ilimitado, sin fines positivos, sin objetivo y sin término. Hay exageración—nos dice Max Scheller—en la manera alemana de trabajar. Tal exageración se manifiesta en este hecho: los alemanes, que no conocen más placer que el del trabajo, trabajan más de la cuenta, para llenar el tiempo. Otras naciones saben aprovechar el ocio y experimentan el placer inmediato de vivir, que es ajeno a los alemanes. El resultado de todo ello—viene a decir Max Scheller en su *Die Ursachendes Deutchenhasses*—es la anormalidad del ritmo del trabajo germánico, el cual de ningún modo corresponde ni a la necesidad ni al valor del producto. El impulso laborioso de los alemanes se automatiza crecientemente: ya ni rezan, ni meditan, ni contemplan, y sólo parece que buscan en el trabajo el olvido de sí mismos. La organización del trabajo es entre ellos sobradamente mecánica y de aquí proviene la carencia de estilo, de

forma, de gusto estético y la calidad inferior de sus productos. Max Scheller añade otras razones, enderezadas a probar cómo este trabajo desmesurado y rampón inquieta y desasosiega a otras naciones, muy propicias a ver en los alemanes a los más inoportunos advenedizos de la historia (*welthistorische Emporkömmlinge*) venidos al mundo para expulsar del paraíso a la humanidad entera. Y termina deseando que los alemanes, mientras enseñan laboriosidad a otros pueblos menos activos, limiten el trabajo y aprendan de aquéllos la aptitud para el goce inmediato de la vida. Piensa Max Scheller —y en esto es un perfecto antípoda del *Fürher*—que es necesaria la colaboración de todas las naciones para su recíproca educación moral, y que los caracteres nacionales deben mutuamente completarse.

*

Mucho hubiera tenido que aprobar Juan de Mairena, y algo que oponer, en las razones de Max Scheller. Día llegaré en que los alemanes se decidan a cultivar en sí mismos la aptitud para el goce inmediato de la vida; pero lo harán con tal desmesura, que las personas distinguidas—como el malogrado Max Scheller—sentirán un deseo invencible de llevar cilicios, usar la disciplina y desayunarse con cardos borriqueros untados en vinagre. Entonces se verá que no es, precisamente, una tendencia a exagerar el trabajo, sino otra más profunda y de raíz metafísica, que les lleva a exagerarlo todo, lo que puede considerarse como específicamente alemán.

*

Pero volvamos a Mairena, que sigue hablando a sus alumnos: "No hay defecto chico, amigos queridos. Una pequeña falta de Retórica, quiero decir de arte y de medida para expresar lo lógico, y un pequeño exceso de pedantería, quiero decir una cierta carencia de tacto vital y de precaución y de ironía, ha hecho de los alemanes, gran pueblo de metafísicos, algo políticamente lamentable. Con la tendencia innata de nuestros vecinos, los franceses, al culto del buen gusto y de la mesura, y de desconfianza de cuanto excede los límites de lo natural, los alemanes no hubieran creado la tensión bélica que extenua a Europa, no hubieran disputado torpemente a los ingleses la hegemonía política de Occidente, que casi

por derecho, o al menos por sufragio entre naciones, corresponderá siempre a la vieja Albión, y, al fin, hubieran obtenido la primacía cultural, que nadie habría osado disputarles.

Juan de Mairena, cuyas son las palabras que anteceden, no hablaba en los días del Tercer Reich y de la dictadura hitleriana. Acaso serían hoy otras sus razones. Acaso no. O tal vez convencido de la plasticidad de lo pasado hubiera hoy modificado sus profecías, para ponerlas más de acuerdo con los hechos actuales. Mairena sabía muy bien que no hay vaticinio completo, mientras no se le contrasta y modifica con lo que hubiera podido vaticinarse, y que esto constituye una faena infinita. Recordemos, por lo demás, que Mairena sólo censuraba al profeta la usuraria pretensión de no equivocarse.

APUNTES SOBRE LA PROXIMA GUERRA

POR ERNEST HEMINGWAY

De Esquire

LA gente escribía antiguamente que era dulce y hermoso morir por la patria, pero en la guerra moderna no hay nada dulce ni bello en tal muerte. Si le pegan en la cabeza, usted morirá rápida e higiénicamente aun con dulzura y de un modo aceptablemente bonito. Ahora, si no es más que el hueso frontal o el nervio óptico el que es destruido, o la mandíbula volada o la nariz y los maxilares los que nos son arrebatados, entonces no nos quedará con que hablar. Pero si usted no es herido en la cabeza lo será en el pecho

y morirá asfixiado. Si lo es en el vientre, sentirá verterse y resbalar todas sus visceras cuando se abra, al tratar de incorporarse; dicen que no es tan doloroso, pero la gente tiene la costumbre de gritar cuando ve huir sus intestinos, tal vez de la impresión. Puede sentir también el relámpago, el vibrante estampido de un alto explosivo en un camino duro y encontrarse con que las piernas se le han ido un poco más arriba de la rodilla o un poco más abajo. O que solamente se le ha ido un pie y usted se queda observando la

aparición de una punta de hueso blanco a través del pantalón o ve como le arrebatan a uno la bota con la masa de un pie adentro o siente volar un brazo y conoce la impresión de un hueso partido. En total, o uno será quemado, se asfixiará, vomitará o será mandado al diablo de doce maneras distintas sin dulzura ni compostura, lo cual en conjunto no quiere decir nada. El catálogo de los horrores no desvió jamás a los hombres de la guerra. Antes de la guerra se piensa que no es uno el que va a morir; pero usted morirá, hermano, si permanece un tiempo en ella.

La única forma de combatir ese asesinato que es la guerra, es mostrando las sucias combinaciones de los que la hacen, la manada de cerdos que la anhelan y la forma estúpida como la manejan una vez que la han obtenido.

Si la guerra fuese consumada por los que la desean y les gusta pelear o, más aún, la comprenden, entonces ella podría ser defendida. Pero los que quieren ir a la guerra, la élite, son muertos en los primeros meses y el resto de la guerra es llevado a cabo por hombres que son esclavizados para cargar armas y están enseñados más a temer una muerte segura a manos de sus propios jefes, si se arrancan, que a una posible muerte si se quedan en la línea de combate. Pronto, un terror en paulatino incremento los invade y si se les da la cantidad apropiada de bombardeo y cierta cantidad de fuego, todos escapan, y si logran ponerse fuera de alcance, ese ejército queda cancelado. ¿Hubo algún ejército alemán o aliado, durante la última guerra que tarde o temprano no tuviera que arran-

car? No hay espacio aquí para mencionarlos.

Nadie gana una guerra moderna, porque se lucha en forma que todos tienen que perder. Las tropas que quedan peleando al final no pueden ganar y es entonces cuestión de qué gobierno cae primero o quién consigue un nuevo aliado con tropas de refresco. En una guerra moderna no hay victoria. Los aliados ganaron la guerra; pero los regimientos que marcharon en triunfo no fueron los que hicieron la guerra. Los hombres que hicieron la guerra estaban muertos. Más de siete millones de ellos estaban muertos y es el asesinato de otros siete millones más lo que un ex cabo del ejército alemán y un ex aviador y un ex morfínmano con ambición personal y militar, ebrios los tres con las emanaciones pútridas de un patriotismo sanguinario y místico esperan consumir históricamente hoy. Hitler desea la guerra en Europa tan pronto como lo pueda. Es un ex cabo y no tendrá que pelear en ella, solamente hará discursos. No tiene nada que perder haciendo la guerra y sí mucho que ganar.

Mussolini es también un ex cabo, pero asimismo un ex anarquista, un gran oportunista, y un realista. El no quiere la guerra, quiere blufear con ella, pero no pelear. Todavía se acuerda de lo que fué la guerra cuando tuvo que abandonarla a causa de un accidente con un mortero italiano de trinchera para dedicarse al periodismo. El no quiere pelear en Europa, porque sabe que todo el que pelea pierde, y el primer dictador que provoque una guerra y la pierda termina con los dictadores y sus hijos por un buen tiempo.

Pero un suculento caldo guerrero se está cocinando en Europa, y nosotros caeremos en él si nos dejamos llevar por la propaganda y los apetitos desencadenados. Europa ha luchado siempre,

los intervalos de paz han sido solamente armisticios. Nosotros fuimos unos estúpidos al ser arrastrados una vez a una guerra europea y ya no volveremos de nuevo.

ANSIA DE UN MUNDO NUEVO

POR LUCIEN BOSSOUTROT

De Vendredí

"VIVIR peligrosamente", esta célebre fórmula continúa siendo valledera para algunos individuos ávidos de ideas y de sensaciones fuertes. Pero hay otra fórmula que se aplica en la actualidad a todo hombre dotado de un poco de corazón, y es aquella de "vivir valientemente".

Hubo un tiempo en que sólo los hombres situados en el primer plano de la actualidad política estaban expuestos al odio y a los ataques de sus adversarios. Ahora el juego intenso de las pasiones hace posible que el más oscuro de los combatientes sea de pronto atacado en su vida cotidiana, insultado, perseguido.

Hoy el más simple empleado, que en su Banco, su compañía de seguros, su tienda, resiste a la presión de su ambiente, de sus jefes, para expresar libremente las ideas según el dictado de su corazón, es una especie de héroe anónimo.

Tiempo abyecto en el que la delación, la vigilancia estrecha, cercan al más modesto de los ciudadanos. Todos conocemos innumerables combatientes anónimos y pacíficos que en la usina y en el escritorio arriesgan su situa-

ción, su pan de cada día, para defender la paz de la República.

Combatientes de la paz, combatientes de la guerra; el inmenso ejército de estos héroes modestos no pide gloria ni recompensa. Son los mismos hombres que ayer luchaban sufriendo en el lodo de las trincheras y hoy luchan sufriendo en el lodo de los engaños.

Pienso cada día más al leer esos diarios nacionales que sólo tienen en vista dividir, destrozar la nación. La calumnia, la impúdica calumnia, las insolentes deformaciones de la verdad que son otras tantas traiciones, no hacen más que extraviar a una opinión pública resuelta, sin embargo, a reencontrarse.

En el último aniversario del armisticio he pensado. Somos doscientos oficiales a la cabeza de un ejército de aparecidos. Ochenta mil muertos-vivientes, los rostros lívidos, las frentes arrugadas, el pelo demasiado pronto encanecido, fatigados, deshechos, dirigiéndonos por los Campos Elíseos hacia el Arco de la Estrella.

Creía conocer la guerra; creía durante cuatro años de combate, conocer de cerca el sufrimiento y la muerte. Pero me había engañado. Fué sobre el camino

de la plaza de la Concordia, frente a la tumba del soldado desconocido, que he descubierto el signo del dolor en el rostro de esos ochenta mil hombres heridos en el corazón.

Marchaban silenciosos. Lentamente, apretados los unos con los otros, codo con codo, iban a llevar su saludo fraterno a aquél que si no hubiera muerto, sería sin duda hoy para cierta prensa "un puerco con casco". Reunidos alrededor de su sepulcro, ellos se erguían para aclamar la vida en lo que tiene de generosa y de verdadera.

Pero aquellos hombres no habían pasado aún por todo. Al día siguiente debían verse tratados de cobardes. No quisiera decirlo, no me gustaría pronunciar ni escribir ciertos nombres; pero es preciso que se sepa, es necesario que se repita—"Vendredi" fué el primero en dar cuenta de ello—que al día siguiente esos ochenta mil combatientes de la guerra, pechos constelados de condecoraciones, fueron tratados de cobardes por la pluma de M. Jean Fardard, campeón de ping-pong.

"Poder en las urnas, considerable", escribió a su propósito este joven perverso, "valor ante el fuego, más que dudoso".

Sí, poder en las urnas, considerable. Ya tendréis ocasión de saberlo, digno vocero de "Candide".

Pero basta. Nosotros no conocemos más no leemos más esta hoja. Tenemos que seguir nuestro camino. Nos queda por hacer que los hombres valientes en la paz como en la guerra, no sean más escupidos, no sean más explotados.

Levantémonos. De pie, camaradas. ¡Nos queda mucho por hacer!

Guillermo Appollinaire, muerto él en la guerra, ha escrito en sus "Calligramas":

"La victoria ante todo será
ver bien a lo lejos
ver todo de cerca
y que todo tenga un nombre nuevo".

La victoria no ha sido hasta hoy nada de todo esto. Nos queda, pues, por hacer, según el voto del "poeta asesinado", que "todo tenga un nombre nuevo" y que el hombre nuevo se levante en un mundo nuevo.

Hay coexistencias maravillosas que se puede comparar a acordes disonantes, que enriquecen todavía las diferencias sabrosas de tono.

Degas y Renoir, Monet y Cézanne, lo mismo que Verlaine y Mallarmé... ¡La riqueza de aquella época de París! ¡La cantidad de invenciones en pintura y en poesía entre 1860 y 1890!

Este período de treinta años siempre parecerá más feliz y más importante que aquel de 1825 a 1855, que comprende el famoso romanticismo.

Y es que todos o casi todos los "Románticos" estaban envenenados de leyendas y de historia que en el fondo les eran tan indiferentes como excitantes y seductoras por fuera. Los más grandes entre ellos arrastran armaduras, caparazones, rosarios y narguilés, todo un vano material de teatro y de carnaval; y una colección de ídolos, de almas absurdas e ingenuamente excesivas, que se entregaban y caldeaban de lo lindo.

Un verdadero Romántico es sobre todo un actor. La simulación, la exageración (que es simulación por intensidad de expresión) la facilidad en que caen siempre aquéllos que sólo se proponen producir sensaciones inmediatas, son los vicios de ese momento de las artes.

Paul Valéry.—Degas-Dessin-Danse.

TRESCIENTOS MILLONES DE VICTIMAS

POR B. SANÍN CANO

De Columna

LA humanidad se complace en ser estúpida y en mostrarlo estrepitosamente. Nada señala mejor la miseria intelectual de la especie humana que la sucesión continua de guerras de que se compone su historia y el respeto que inspiran al través de las generaciones, en anales escritos por personas o entidades interesadas en desvirtuar la verdad, los hombres cuya sola virtud consistió en matar a otros, sin darse en muchas ocasiones cuenta de los motivos a que obedecía la matanza. La historia está llena de héroes, la mayor parte de los cuales habrían tenido vergüenza de sí mismos al ejercitar la acción heroica, si en ese momento hubiera caído sobre ellos la luz del conocimiento. El hombre nacido y educado para la guerra enajena parte de sus potencias intelectivas al aceptar la condición en que le ponen el imperialismo de nuestros días, el odio de razas encondado por publicaciones criminales y por gobiernos sin conciencia; pero la guerra efectiva, la necesidad de defenderse de un enemigo provocado o inconsciente anula toda capacidad de raciocinio, y la estupidez, sin dejar de ser criminal, se torna ridícula.

En la inútil carnicería empeñada en 1914 por gobiernos que no tenían en verdad enemistad ninguna los unos contra los otros y que inventaron la guerra para desviar las corrientes de reivindicación popular; en la degollina de 1914, digo, los aliados se quejaban amar-

gamente de que Alemania apoyase a Turquía en sus degollaciones de armenios indefensos. Toda la Europa y toda la América que estaban en armas contra Alemania o que simpatizaban con los aliados contaban entre sollozos y frases de reprobación caldeadas por el fuego cristiano, el número de armenios pacíficos pasados a cuchillo por el turco, enemigo tradicional de la civilización. Los diarios ingleses y franceses que daban cuenta de estas atrocidades imputables al carnicero osmanlí, relataban en sus mismas ediciones, con maligna complacencia y sin percatarse de la monstruosa contradicción, que una flotilla de aeroplanos equipada por los aliados había escogido la procesión del Corpus en la ciudad católica de Carlsruhe para dejar caer bombas sobre los inermes devotos, y matar mujeres, ancianos, niños, hombres fuera de combate, en el día más solemne de la confesión católica. Los alemanes de su lado se quejaban de estas barbaridades y para probar que en capacidad destructora y en intensidad de odio no les iban en zaga a los aliados, meditaron un momento sobre la manera de causar consternación y mantener vivos los odios de raza matando gentes inermes en Inglaterra. Destruir templos ingleses o bombardearlos era labor inútil, porque la concurrencia es allí escasa. Además de eso, se corría el peligro de hacerle un favor a la comunidad destruyendo en Londres templos que me-

recen ser destruidos y que el tradicionalismo y la superstición no han dejado demoler todavía."

Algún psicólogo alemán de excepcional penetración, descubrió que en Inglaterra la religión cristiana y sus ritos modestos o suntuosos, según la secta, habían sido reemplazados por la superstición del deporte y por los ejercicios físicos. Atacar la religión en Inglaterra o desacreditarla o burlarse de sus fieles no lastima el sentimiento público. En Hyde Park hay semanalmente oradores encargados de probar históricamente o por medio del simple raciocinio que, como decía Gibbons, "para los ignorantes todas las religiones son verdaderas, para los gobiernos todas son útiles y para el sabio todas son falsas". De modo que para vengar la injuria de Carlsruhe no era competente destruir las iglesias, sino atentar contra el deporte. Con ese fin 25 aeroplanos vinieron a Londres en un luminoso día sábado de septiembre, en 1917, a dejar caer bombas sobre los empleados públicos, sobre la burocracia financiera y bancaria que esperaba en la estación de Liverpool Street los trenes que habían de llevarla a las canchas de tennis, a las carreras de fin de semana, a los clubes de golf y de football a cumplir religiosamente con los deberes de oficinante convencido o de espectador reverente. Y la multitud que se perdía en las callejuelas de la City, atronadas las orejas con el ruido de las detonaciones, y oprimido el corazón con la expectativa de una muerte posible no se acordaba de que en Carlsruhe habían sido sacrificados sin misericordia los fieles de un rito más antiguo, pero, en sentir de los fugitivos, no más verdadero. Tam-

poco le ocurrió a nadie pensar que las matanzas de armenios en Oriente pudieran compararse con el sacrificio de gentes indefensas en Europa. Los turcos alegaban diferencia de credo y los aliados y alemanes profesaban la misma religión.

La razón no iluminaba ni a unos ni a otros para hacerles sentir la inutilidad de la carnicería; la estupidez de los odios raciales; la enorme desproporción entre los esfuerzos que exige una guerra y los resultados que suele obtener el vencedor. Hoy mismo, después de que la experiencia ha probado a vencedores y vencidos que la guerra es la bancarrota material y moral de las naciones beligerantes, los antiguos predicadores del desastre continúan en el uso de la palabra, recomendando la prudencia del que vive armado, con el fusil al brazo, la pólvora seca y el guante de acero pulido en la diestra amenazante. Los romanos, pueblo conquistador, nación de soldados y juristas, idearon el pasaje de Jano. Consideraban la guerra como una penosa necesidad y honraban al magistrado que sabía mantener cerradas las puertas de aquella galería. Los estadistas del siglo XX insisten en considerar la guerra como una necesidad para la cual es preciso vivir preparados de día y de noche. Antes de 1914 había quien sostuviese que la guerra era una necesidad biológica de la especie humana. Más prácticos o más mezquinos, otros sostenían que la guerra era un negocio excelente y ponían como ejemplo las tres campañas predatorias de Bismarck.

Que sea una necesidad biológica no es sostenible ya ni del punto de vis-

ta de la zoología antediluviana; que sea un negocio apenas habrá quien se atreva a creerlo en Francia, en Alemania, en Rusia; que es una positiva calamidad lo reconocen trescientos millones

de víctimas. Sin embargo, no faltan quienes esperan la guerra para la satisfacción de ambiciones personales. Son los eternos enemigos del género humano.

GOETHE Y LA REVOLUCION FRANCESA

POR KURT KERSTEN

De Clarté

DE acuerdo a una creencia común, Goethe habría sido un adversario de la Revolución Francesa; se citan diversos trabajos donde Goethe toma posición contra la Revolución, producidos por cierto muy débiles de su musa. Se invoca sobre todo el hecho de que Goethe, en su calidad de acompañante del duque de Weimar, tomara parte en la invasión de 1792, y que en Valmy estuviera del otro lado de la barricada —aunque al término del combate hubiese pronunciado aquellas palabras significativas que nadie en aquel tiempo comprendió y que hoy se recuerdan con tanta frecuencia y las más de las veces mal: ("En este lugar y en este día comienza una nueva era en la historia del mundo").

Se ha reprochado a Goethe, ese grandioso representante de la clase burguesa, cuya visión sobrepasa, sin embargo, los límites de dicha clase, y que tenía del porvenir algo más profundo que simples presentimientos, su admiración por Napoleón, en quien distinguía al ejecutor de la revolución burguesa. En nuestro país y en medio de nuestro pueblo Goethe se sentía aislado, en una especie de emigración in-

terior, dolido por la desgracia de tener que vivir en Alemania. Veía lejos en el porvenir, su mirada no se detenía en los acontecimientos del día, en las incansables transformaciones de la hora, deseaba dar un cuadro completo del conjunto y no sólo algunos rasgos; cierto que guardó mucho tiempo silencio a su modo, que era el del sabio que no avanza sin vacilaciones, que hasta puede hacer creer en la falta de valor. Pero mucho tiempo después de 1789, Goethe tuvo ocasión de hablar una vez más de la Revolución Francesa. Fué una tarde de junio de 1824, cuando Goethe dijo de improviso: "En el fondo nunca se ha estado contento de mí, se quisiera que yo fuese de otro modo del que Dios me ha hecho". Y con una sonrisa irónica en su rostro expresivo, Goethe habló largamente de su actitud frente a la Revolución Francesa. Y a propósito de la obra titulada "Die Aufgeregten", citó a cierta condesa que había asistido en París a la Revolución:

"Ella ha sacado para sí una buena lección. Se ha convencido de que es posible presionar al pueblo, mas no oprimirlo; y que las revueltas de las clases inferiores son una consecuencia de la

injusticia de los grandes. En el futuro, dijo ella, voy a evitar estrictamente toda acción que me parezca injusta, y cuando otras personas cometan injusticias diré muy alto lo que pienso, tanto en la sociedad como en la corte. ¡No guardaré nunca más silencio ante una injusticia, aunque se me difame y pase por una demócrata!”.

Goethe continuó: “Esta manera de pensar me parece completamente respetable. Era en aquel tiempo la mía y lo es aún ahora”. Goethe añadió también: “que hasta el Terror, las “atrocidades”, como decía, eran “consecuencia de una gran necesidad y que de los gobiernos dependía que hubiera o no revoluciones: “Una revolución no es jamás una falta del pueblo”. Goethe se defendió también de ser “amigo de lo que existe”, pues todo lo que existe no es ni justo ni excelente; y por lo tanto, un “amigo de lo que existe no es a menudo más que un amigo de lo extinguido y malo...; hay que arrojar lo

que se ha vuelto agrio y poner fin a la mentira, a la injusticia y a la mezquindad”.

Cuando Goethe pronunció estas palabras que aclaran y justifican su posición, la utopía social que lleva el nombre de “Wilhelm Meister” no estaba aún terminada y las palabras de adiós del Fausto moribundo a las generaciones futuras hasta el más lejano porvenir, no habían sido pronunciadas aún; sin embargo, las opiniones de Goethe no sólo nos revelan las ideas del poeta sobre las posibilidades del desarrollo y transformación de la clase burguesa, sino que contienen además todo lo esencial de los principios de la gran Revolución Francesa, tal como fueron fijados en la Declaración de los Derechos del Hombre y que solamente los nacional-socialistas no encuentran “respetables”; pero ¿puede pedirse a los enemigos de la humanidad como son los nacional-socialistas, que piensen de otro modo?

EXAMEN DE CONCIENCIA DEL INTELLECTUAL

POR JEAN CASSOU

De *Leviatán*

EL intelectual... Pero a él mismo le desagrada este vocablo. ¿El escritor? ¿El artista? En el siglo XIX se decía “el pensador”; era el hombre que desentrañaba las causas y descubría entre las ideas y las formas relaciones secretas, imprevistas, que no vislumbraba el común. Y en ocasiones el pensador se convertía en profeta e imponía su misión a los pueblos oscuros. En nuestra época se ha propuesto el tér-

mino *clerc*, por el cual se entiende al hombre que, libre de los intereses temporales, sólo concibe el universo en función del universo, y se mantiene en esta posición.

En fin, el intelectual, que es un poco de todo eso, y quizá algo más todavía—pues presiente que definirse sería menguar y que su más vital disposición, su más secreto consejo, deben consistir en ser siempre algo más que

sí mismo—el intelectual, decimos, ya que así se le define, sólo en su cuarto, rodeado de sus libros, sus instrumentos, sus fetiches y algunas imágenes del arte de todos los tiempos, se interroga. Voces confusas le solicitan por doquier. El mundo se transforma en torno suyo, intereses diversos le apremian, llamamientos contradictorios le conmueven. Evoca, para hacerse fuerte contra este tumulto, algunas grandes figuras entre sus maestros. Baudelaire, Mallarmé, Cézanne. Se pregunta de dónde surgía esa negativa a satisfacer los gustos del público de su tiempo, esa apatía por un arte cerrado en sí mismo, inadecuado, inasequible. Pero, ¿es que hubo jamás expresiones artísticas o poéticas en las que una sociedad se haya reconocido por entero? Sin duda, en el pasado, ciertas artes fueron florecientes, felices, espléndidas. Mas se colocaban al servicio de los príncipes. ¿Hubo artes en que, no ya una élite, sino el universo entero, la condición humana toda, se haya encontrado? ¿Hubo edades de oro? En algunos genios muy potentes se halla este presentimiento de una edad de oro, esta abundancia, este regocijo del hombre que está de acuerdo con el hombre y que ya sólo aspira a crear, cual un dios. Había algo de esa felicidad en Tolstoi. Hasta que un día, bruscamente, se detuvo el torrente de alegría, porque Tolstoi, mirando en su derredor, descubrió, en un vértigo de sorpresa, que no vivía en el seno de la edad de oro, sino en medio de un intolerable infierno de vergüenza y de miseria. Entonces lanzó su maldición sobre la creación y la vida misma. En lo cual hizo mal, porque era desesperar: debió, por lo

contrario, proseguir la marcha adelante de esas potencias de vida y de amor que en sí llevaba, y transformarlas en acción. Mas esto es la historia de Tolstoi, que ya conté una vez, y no la historia del intelectual de hoy.

Este rechaza, pues, entre las quimeras del pasado, o entre las de lo porvenir, la imagen de una edad de oro en que el artista hallase materiales para edificar una obra perfecta y dichosa. Pertenece, por lo contrario, a una época de “conciencia desdichada”, si hemos de emplear la fórmula a que son tan aficionados, desde Hegel, los metafísicos. Vale decir, que sufre por un sentimiento de división y de contradicción. El arte al que ama, el arte de un Baudelaire, de un Mallarmé, de un Cézanne, es un arte desdichado. Un arte trágico. Un arte de resistencia y de oposición, que niega todos los conceptos sobre los cuales quiere entenderse la sociedad de su tiempo; un arte que canta el gemido del alma solitaria, recogida en sí misma, habiendo roto incluso los lazos que la retenían ligada a la dudosa realidad del mundo exterior.

Esta sociedad, ¿por qué se niega el artista, el escritor, a hablar su lenguaje, a adoptar su misión, a suministrarle las imágenes tranquilizadoras y armoniosas que ella le pide? Recorriendo entonces con una mirada su biblioteca, nuestro intelectual piensa en el cortejo de los más grandes espíritus de la humanidad, en aquéllos que, oponiéndose sin cesar a las fijaciones, a las paradas, a los endurecimientos de los dogmas sociales, hallaron en su corazón, en su razón, en su sarcástico genio crítico, los principios de una so-

ciudad más justa y en la cual el hombre ya no fuese el enemigo del hombre. Evoca a Rabelais, a Montaigne, a Voltaire, a Nietzsche, a todos cuantos vieron que las reglas más ideales sobre las cuales se fundamenta una sociedad, las justificaciones más sublimes, los dioses mismos, no eran sino miserables ficciones interesadas. Con ellos sueña un hombre despojado de los mitos, y libre, un hombre desconocido aún, pero cuya figura vislumbraron en sí mismos esos espíritus de fuego.

Prosiguiendo su obra crítica, descubre, con Marx, que todas esas razones que se da el hombre para justificar sus instituciones y sus morales no son más que el efecto fatal de las estrictas leyes económicas. A partir de entonces el intelectual ha operado en su mente un giro paradójico: no cesa hasta descubrir la humana, demasiado humana maquinación que se oculta en todo aquello que los hombres llaman espíritu. Y él, el intelectual, el hombre del espíritu, sabe ya que está en la tierra y que es relativo a un universo más allá del cual no puede haber más que mentiras, un universo sobre el que, al fin, le es posible actuar.

Esta cadena de descubrimientos, de insinuaciones críticas, de oposiciones y de ir levantando velos, que al hombre le hacen retornar al hombre, es lo que suele llamarse la cultura. Es de eso de lo que el intelectual se siente garante, y experimenta el áspero y exaltador deseo de prolongarlo de manera efectiva. Lleno como se halla de ensueños, de músicas, de aspiraciones y especulaciones, el intelectual, en la tierra, en su tierra, se siente zambullido en la realidad. La realidad, concreta, móvil, y que

debe doblegarse, adaptarse a la figura humana. Para él la cultura ya no es una abstracción, ni un tropo académico, sino el esfuerzo de las generaciones por alcanzar esta realidad, es incesante novedad, voluntad tierna y cambio. Para él, intelectual, artista, poeta, sabio, la idea de creación se confunde con la idea de revolución.

Luego, reflexionando sobre las condiciones en las cuales efectúa su creación, comprueba que no saca nada más que de sí mismo. Que ese desinterés y esa libertad que le parecen indispensables, y que constituyen su orgullo, la sociedad que le rodea no se preocupa en absoluto de ellos, o cuando lo hace, es para intentar en seguida utilizarlos para sus fines inmediatos.

Es tan sólo de rechazo o merced a ardidés tales como las transacciones de la moda, del "snobismo", del "segundo oficio" o del periodismo, que puede gozar de los bienes que la sociedad ofrece a quienes participan conscientemente en sus combinaciones. Mas su existencia es un juego sin fin, y tal vez mañana sin dignidad. Ahora bien: él no posee, realmente, más que su propia existencia, y es de ella, de sus azarés, de sus experiencias, de sus amarguras, de donde saca su obra. Quien no posee más que su propia existencia es un protelario, a partir de ahora el intelectual sabe que se encuentra en las filas del dolor y del esfuerzo, no en las de la posesión. O bien acepta realizar tareas que la sociedad existente pueda pedirle para divertirla, entretenerla, confortarla, o justificar, por la fabricación de cualquier ideal espiritual, las empresas interesadas a que ella se dedica. En este caso el intelectual se convierte,

más o menos conscientemente, más o menos cínicamente, en un clerc que traiciona.

Y, precisamente en el momento en que el intelectual se interroga de este modo, la sociedad existente la insta, le apremia para que traicione. Es que ha descubierto ella el peligro en que se encuentra, y, en un sobresalto pánico, quiere fortalecer sus bases, su división de clases, sus principios económicos y todas las subestructuras morales e ideológicas que esos principios entrañan. Mas la cultura, la gran tradición de cultura crítica y humana, que quiere hacer tornar el hombre a la tierra libertado de sus temores espectrales y descubrirle su condición verdadera y sus necesidades inmediatas, esa cultura desemboca en socavar aquellas subestructuras morales e ideológicas de la sociedad sobrecogida de miedo. Es por esto que el fascismo, que es el régimen que adopta una sociedad sobrecogida por el miedo, se manifiesta contra la cultura y quema los libros. El fascismo pretende detener el impulso del hombre hacia su porvenir, quiere traerle, de nuevo a sus cuadros y a sus mitos, y todo cuanto es universal, al fascismo se le antoja temible. Si estallara en Francia, quemaría a Montaigne y a Voltaire, desde luego, y también a Pascal, que exclamaba con risa socarcona: "¡Verdad aquende los Pirineos, error allende!" Porque Pascal, que era un sabio y un poeta, no podía refrenar la avidez de su genio por hallar una verdad valdepara para todos los hombres. Era una verdad de este tipo lo que buscaba al hacer sus experimentos de física en la torre de San Jaime, experimentos que un régimen fascista no podría tolerar,

salvo si le pareciesen utilizables para la defensa nacional. Fascismo es lo que limita. ¿Qué atractivo, por lo tanto, podría ofrecer a un intelectual, siendo éste enemigo de los límites?

Lo que ocurre es que hay en el intelectual fatigas repentinas y una necesidad de tomar aliento en el calor de un grupo que le lisonjee. Para sentir estos nexos entre el pensamiento revolucionario y el pensamiento intelectual se requiere una tensión, una confianza, acaso un heroísmo, que no siempre es uno capaz de tener. Y precisamente el fascismo se presenta con la seductora apariencia del heroísmo. Pero, ¿es heroico marchar en filas y romper los cristales en las tiendas de los judíos? Hay que decirlo y repetirlo: pensar revolucionariamente es pensar aristocráticamente, porque es pensar lo mejor. En cambio, pensar y sentir **fascísticamente**, como dicen en Italia, es pensar y sentir como la chusma.

La chusma no existe en cuanto a clase constituída. Mas la menor circunstancia puede suscitarse. Está dispersa, como el polvo, del cual el viento puede hacer una tolvanera. Ella es la que está virtualmente dispuesta al fascismo, y es a ella a quien el intelectual, cansado de su esfuerzo, hastiado de su dura y magnífica condición, llama con sus anhelos para descansar cerca de ella, de su fatiga. La chusma es esa mezcla de socios del Jockey Club y de pequeños panaderos que, bajo el reinado fascista de Napoleón III, silbaba a Wagner y aplaudía la guerra del 70. La misma coalición de clases poseedoras y de pequeña burguesía explotada, pero halagada por cualquier ideología exaltadora, puede reconstituirse en

las mismas condiciones y para los mismos fines; es decir, para combatir la cultura humana, que rebasa las fronteras, y para hacer la guerra.

Cuando Barrés, de vuelta de su actitud orgullosa, decía, durante el *affaire* Boulanger: "Hay que pensar como el pueblo", quería decir: "como la chusma". Y experimentaba el voluptuoso deseo de defenderse en la chusma, en el seno del grupito limitado que ciertas potencias sociales tienen tanto interés en conservar y fanatizar. De ahí esos métodos religiosos que emplea el fascismo, y que repiten los del Islam: la chusma se estremece de alegría al pensar que ya no se moverá, que no se transformará, que permanecerá en el estado en que se encuentra, estado que un filósofo ha definido como el de las "sociedades cerradas", en oposición a las sociedades abiertas, y que es el estado para siempre definitivo de los termitas u hormigas blancas. Y cada uno de los individuos que componen el grupo así fijado olvida sus necesidades reales, sus intereses inmediatos, porque re-

cibe a cambio de ella abundante alimento intelectual: se le dan fiestas y desfiles, su envidia puede ejercitarse sobre los libros, su inferioridad puede elevarse hasta la imagen sacrosanta del jefe, en la que cree encontrarse.

La inclinación a la muerte sacrosanta es una de las tendencias fundamentales en el hombre. ¿Cómo no había de aspirar también el intelectual a la embriaguez de la regresión, de la fijación, de la inmovilidad? Pero entonces es preciso que sepa claramente qué partido ha escogido. Nacido para el pensamiento más elevado y la acción más grande, ha aceptado menguar y encojerse: es menester que lo confiese así. Debía ser el compañero y la conciencia de las masas que despiertan a la vida y reclaman, no ya su parte del mundo, sino el mundo entero. Porque sólo ellas podrán transformarlo. Las ha abandonado en el camino y ha rechazado el mundo. Ya no le queda sino actuar conforme al orden. Es un sonámbulo complaciente al servicio de fantasmas.

CARTA WHITMANIANA

POR WALDO FRANK

De Salvos

EL espíritu sin el cuerpo no existe, como tampoco el pensamiento sin la forma. Si el pensamiento y el espíritu de Walt Whitman han de mantenerse como factores de nuestra vida americana, fuerza será que encarnen, que se incorporen realmente en el ser de la experiencia americana. Estas celebraciones de nuestro Poeta son, por lo me-

nos, el comienzo de semejante acto de encarnación.

Es muy alentador para nosotros saber que del suelo americano puede brotar un alma de tanta grandeza—tal vez la mente más profunda y de mayor fuerza creadora que haya aparecido en todo el siglo XIX.

Pero por muy grato que ello pueda

sernos, por mucho que corrobore nuestra fe en la potencialidad de nuestra tierra, no debe ser fuente de fácil complacencia ni llevar a ninguna satisfacción candorosa. Porque la verdad es que Whitman aparece tan solitario en esta América de hoy como lo fué en la América de 1860. Su grande obra no ha sido asimilada de ninguna manera esencial por el pensamiento americano, por la literatura ni la vida intelectual americanas. El espíritu de Walt Whitman se ha incorporado mucho más en las expresiones modernas de algunos países de Europa, que no en las de su país nativo.

Y si nos sentimos orgulloso de que haya nacido en América, no estaría mal que nos avergonzáramos un poco de que, en tantos años, América haya sido incapaz de acercarse más a su Walt Whitman. Recordemos que la grandeza del pueblo hebreo no se funda en haber producido un Isaías; sino más bien en haber hecho, de la grandeza de sus profetas, los huesos y la médula de su propia vida nacional. De suerte que nuestra posesión de Whitman, más que un motivo de vanidad, es para nosotros una responsabilidad: responsabilidad—cierto—muy dura de llevar y muy grave.

Whitman pudiera quedarse en la categoría de mero accidente divino en la historia de América. No nos mostremos demasiado seguros y satisfechos de lo contrario; no vaya a ser, que por culpa de ello, el actual estado de cosas se vuelva definitivo, Whitman pudiera haber volcado toda la riqueza de su legado sobre la vida intelectual de otros pueblos (los muchachos de las escuelas primarias de algunos países de Eu-

ropa lo conocen ya mejor que muchos de nuestros estudiantes universitarios), en tanto que América continúa su fácil carrera de habilidades y de éxitos materiales. Porque, en verdad, Whitman aparece más solo en la América de hoy que no lo estuvo en la de 1860. Por 1860, Emerson, Thoreau... y toda la soberbia tradición del Cristianismo anglosajón se mantenían en pleno vigor. Verdad es que todo aquello estaba ya condenado a muerte; pero a despecho de su nobleza, era demasiado local y especial para aspirar a volcarse en las anchuras de nuestro caos de razas. Sólo Whitman era lo bastante vasto, lo bastante atlético en intelecto y en visión de la vida, para medir el parabólico crecimiento de América con el patrón de las actuales promesas de universalismo. Y por eso sólo queda él, y por eso sólo él progresa: maravillosa creación de la potencialidad americana, y al mismo tiempo, irónico testigo entre las mezquindad de las actuales conquistas espirituales de nuestra América.

Yo no considero hoy por hoy a Whitman como una propiedad cultural de América, no; aun no nos lo hemos ganado. El es más bien, para nosotros, un Desafío. Es un desafío lanzado a nuestras letras, a nuestra crítica, a nuestras instituciones, a todo nuestro sistema social; una norma propuesta para que tratemos de alcanzarla. Otro tanto eran los profetas para los hebreos, y aquel pueblo supo aceptar el desafío. Tratemos nosotros de imitarlo.

Mantengo, pues, que no basta con amar a Whitman con un amor pasivo. Debemos trabajar firme y hondo en la materia del mensaje de Whitman, es-

tudiando su aplicación a nuestras realidades, y sólo así Whitman llegará a ser un bien propio de nuestra cultura. En tal sentido, el grupo que ahora se congrega para el homenaje a Whitman, puede hacer mucho bien y entender la trascendencia de su acto. Yo quisiera que esto cristalizara en algo más dinámico. Me gustaría saber, por ejemplo, que se ha creado una "Institución Whitman", bien cimentada, y capaz de ofrecer un premio estimable y una publicación profusa al comentario más importante sobre la obra de Whitman o sobre cualquier aspecto de tal obra, escrito durante el año por un autor americano. Sólo por estos cami-

nos podemos apropiarnos orgánicamente al Poeta; sólo así podrá la esencia de su creación convertirse en nutrición de la futura estirpe de Poetas que Whitman soñó para nuestra tierra... Aunque no sea muy halagüeño, conviene que los americanos nos demos cuenta de que, hasta la hora presente, la interpretación más importante de nuestro gran Vate Nacional ha sido escrita por un francés llamado Bazalgette; y de que las escuelas literarias que más se han apoderado de las enseñanzas de Whitman y de su estética, florecen en el centro de Europa.

LA COOPERACION INTELECTUAL

POR J. HUIZINGA

De Comisión Chilena

UNA cooperación internacional que franquee los límites de país, de raza o de nación, no es, sin duda, algo nuevo. En realidad, la mayoría de las importantes victorias de la humanidad se han conseguido según las concepciones de una cooperación intelectual. Esto es válido, ante todo, para el cristianismo. Lo es también para ese admirable sistema teológico y filosófico que se llama la escolástica, producto de la intensa colaboración de pensadores italianos, franceses, alemanes, españoles e ingleses. El arte medioeval se enriquece por el constante intercambio de fuerzas y de elementos entre el este y el oeste, el sur y el norte. Los movimientos que conocemos bajo el nombre de humanismo y de Renacimiento, a pesar

del papel predominante que desempeñó Italia, casi no conocieron barreras políticas. En el siglo XVII, la ciencia progresa con la colaboración constante y amigable de diversos países, sin sufrir en modo alguno por el estado de guerra en que esos países se encontraban.

El siglo pasado agregó mucho a las posibilidades del entendimiento internacional, así como al espíritu de una cooperación intelectual. Más recientemente, casi todas las dificultades materiales y los impedimentos que aun subsistían para un contacto internacional estrecho y permanente, desaparecieron poco a poco. Atrevesamos la Europa en un día; podemos oír y escuchar a la mitad del globo terrestre mediante el simple contacto de un botón. ¿Es posible

entonces que falte algo para la cooperación intelectual más extensa y más perfecta que ha conocido el mundo?

Falta casi todo. Después de un examen detenido, debemos confesar que sería más exacto describir la cooperación intelectual como un último reflejo de un mundo mejor que el nuestro, más bien que como la aurora de una sociedad renaciente, consciente de sus posibilidades y que mira resueltamente hacia el porvenir.

La cooperación intelectual, esta gloriosa potencia de los tiempos pasados, tan antigua como la cristiandad, está amenazada de ruina. Dos fuerzas inmensas la rechazan de nuestra vida social: el hipernacionalismo, y su aliado: el espíritu de publicidad. Es la primera vez, en la historia del Occidente, que deliberada y explícitamente se abjura, en muchas partes, el ideal de la unidad internacional. Volvemos a hablar más adelante del hipernacionalismo, esta lepra de nuestros tiempos. Bastarán algunas palabras en lo referente al espíritu de publicidad. Por publicidad entiendo el hecho de atraer la atención del público mediante afirmaciones cuya finalidad es ganar la adhesión de las masas a una causa—sea que se trate de un cepillo de dientes o de un sistema filosófico—causa en la cual el anunciador tiene intereses particulares. La veracidad de la afirmación importa sólo en la medida en que debe satisfacer el espíritu crítico de las masas: es inversamente proporcional a su credulidad.

Como el origen del arte de la publicidad es más bien de orden político que comercial, fué en el comercio donde se desarrolló hasta que, muy recién-

temente, la política lo tomó de nuevo, y sobrepasó con mucho al comercio en el empleo de esta arma peligrosa. La publicidad política, monstruosa excrecencia de la civilización moderna, es el más temible enemigo de la comprensión y de la colaboración internacionales.

¿Qué puede hacer la cooperación intelectual por la organización de nuestra vida social frente a estos dos peligrosos adversarios, el hipernacionalismo y la publicidad? ¿En qué campo puede trabajar aún y cuáles son los medios que le quedan para ser eficaz?

Veamos rápidamente cuáles son los principales dominios de la civilización capaces de hacer fructificar el internacionalismo. Pero, ante todo, ¿qué entendemos por la palabra: internacionalismo?

Ya no vemos el internacionalismo como algo informe que emerge de la nada y sin más base inmediata que los eternos principios de la humanidad en general, de la virtud y de la fraternidad. Aunque estos principios deben seguir siendo eternamente el supremo ideal, toda actividad común para realizarlos debe provenir de la expresión nacional. El inmenso poder y el valor indispensable de la nacionalidad como sostén de la vida social y de la civilización se presentan ante todo a nuestro espíritu cuando abordamos el concepto de internacionalismo. Esta palabra misma implica la existencia de diversas naciones que actúan juntas. El internacionalismo implica siempre un intercambio, una transferencia de valores, una comprensión y una tolerancia mutuas.

Todos conocemos, no sólo el irreducible carácter de una nación, en cuan-

to tal, sino también la irreductibilidad de las cualidades, de los hábitos y de las idiosincrasias propias de esta nación. Toda nacionalidad posee elementos tan particulares que sería imposible transferirlos a otra nación. Tales elementos, y los que por su naturaleza son comunes a todas las naciones, no ofrecen nada positivo para una cooperación internacional. Citaremos como ejemplo los grandes servicios económicos, los conocimientos técnicos y los hechos científicos, que pueden ser transmitidos de una nación a otra sin que su transferencia agregue nada a la comprensión intelectual ni al enriquecimiento de verdaderos valores nacionales. Nuestro propósito es buscar si existe un grupo de valores a la vez de naturaleza esencialmente nacional y adecuado a la exportación, por decirlo así; pues ese es el campo en que encontrará entrada la verdadera cooperación intelectual internacional.

Es lamentable que en la investigación de lo que llamaré "valores de exportación" nos encontremos en el acto ante el hecho indiscutible que casi siempre son los elementos sin valor los que tienen la seguridad de encontrar vastos mercados extranjeros. No hablo sólo de las locuras en el arte, como en la moda o la pseudo-ciencia, sino de las tonterías en general, pues la tontería no paga derechos y su importación es ilimitada; por el contrario, las tonterías con marca de fábrica extranjera tienen mucho más probabilidad de penetrar en un país que de no ser admitidas.

Para que haya un positivo intercambio de valores entre diversos países, son esenciales dos condiciones. Ante todo, el producto nacional debe ser nuevo en

el mercado extranjero que lo importa. Debe ser una ganancia, un descubrimiento, una sorpresa, una revelación. El simple intercambio de mercaderías, porque son más baratas o mejores, no provoca la cooperación internacional que buscamos. No es la semejanza lo que importa, sino la diferencia. La segunda condición exige que el elemento cultural en cuestión no encuentre en el otro país una resistencia nacional más fuerte que la potencia de la oferta.

En nuestra rápida ojeada sobre los principales dominios de la civilización en su capacidad de intercambios internacionales que lleven a la cooperación internacional, debemos mencionar primeramente la religión. Ya hemos dicho que el cristianismo ha sido siempre el órgano más poderoso de la actividad internacional. Lo es aún hoy en día, y ganará, como siempre, fuerzas en la persecución. Las tendencias ecuménicas son fuertes en el pensamiento religioso del mundo entero. Los movimientos espirituales, gracias a nuestros medios de comunicación más perfeccionados, se propagan más fácilmente que nunca. El Occidente trata de comprender al Oriente y de aprovechar su comprensión. El espíritu de publicidad imita a la religión creando creencias nacionales hechas.

En la verdadera religión, cualquiera que sea su nacionalidad, se halla resuelto el problema de la cooperación intelectual internacional.

Si pasamos a la filosofía, a la ciencia y a la erudición, encontraremos el caso más complicado de lo que pensábamos. En principio, estos elementos de la civilización son absorbidos fácilmente por la cultura extranjera. Sin em-

bargo, el círculo muy limitado de sus beneficiarios inmediatos debilita la extensión y la intensidad de su función como poder de acercamiento, tanto más cuanto que la ciencia posee un elemento **anacional** de tal intensidad que apenas ayuda a trasplantar los sentimientos nacionales, salvo en la medida en que su práctica crea contactos personales y provoca comprensiones recíprocas.

La filosofía y la erudición no están inmunizadas contra el peligro de las preocupaciones nacionales. La filosofía puede hasta deformarse en beneficio de fines nacionales y llegar a ser, de este modo, esclava de la tiranía. La erudición, hasta cuando trata temas lejanos y abstractos, se encuentra circunscrita tan bien dentro de la esfera de la cultura nacional, que las influencias extranjeras pueden viciarla en su esencia a cada instante. Las grandes cosas del pasado, tales como Israel, la Hélade, la sabiduría oriental, se comprenden siempre por y a través de un espíritu nacional. Cuando la significación profunda de un poema o de un hecho histórico ha sido comprendida fuera de su esfera originaria, se transforma en una parte del tesoro general de la cultura que lo adopta. Dante perteneció primero a Italia, y luego a cada una de las naciones que admiraron su grandeza, para llegar a formar parte de los tesoros eternos de la humanidad. Pero yo heamos pasado del arte a la poesía a propósito de la erudición.

Para terminar con la erudición, diremos que, en las condiciones más favorables, es uno de los campos más fécondos para el espíritu internacional. Es de lamentar que en nuestros días

algunos productos de la erudición, preciosos en sí mismos, parecen llevar a veces una marca nacional tan intensa, que se hacen inaceptables para los extranjeros y poco adecuados para la exportación.

Los valores políticos—queremos decir, las teorías y sistemas de organización y de gobierno—¿son o no susceptibles de ser transferidas de una nación a otra? Existe un ejemplo notable de sistema político copiado deliberadamente del modelo original y puesto en práctica en el mundo entero: es el gobierno parlamentario tal como se arraigó en el suelo inglés después de dos siglos de desarrollo. ¿Ha tenido éxito la exportación de este poderoso organismo político? Algunos dicen que las demás naciones nunca han sabido utilizarlo completamente. Inglaterra lo sabe, y es posible que, a pesar de su aparente decadencia, el gobierno parlamentario, en manos del Reino Unido, sea el salvavidas de la Europa en peligro.

Después de la Revolución Francesa se han hecho continuos esfuerzos para persuadir a otras naciones de la bondad de las ideas o de los sistemas políticos triunfantes. Hoy en día, estos esfuerzos son más fervientes que nunca, pero sería quizás excesivo colocarlos bajo el rubro de "cooperación intelectual internacional".

Con el objeto de descubrir un terreno libre de muchos obstáculos para la "fecundación transnacional", debemos volvernos hacia la estética, el arte y la literatura, pues parecen ser las únicas ocupaciones que no ofrecen ningún peligro para el espíritu. No por casualidad ha encontrado nuestra organización de cooperación intelectual su ma-

yor libertad de acción y ha ganado sus más importantes victorias en sus relaciones con todo lo referente al arte y a la literatura. Los prejuicios nacionales son menos inquietantes en este dominio que en cualquier otro, pues, para penetrar en el reino de la producción y del goce estéticos, es preciso primero desarmarse e inclinarse espiritualmente. La poesía y el arte sólo pueden vivir en una atmósfera de desprendimiento y de simpatía.

Pero el desprendimiento y la abdicación no son de las virtudes que se enseñan y practican en el mundo actual. El ambiente y las disposiciones de espíritu necesarios para la verdadera cooperación intelectual no existen, por desgracia; sin embargo, estas disposiciones son indispensables para que se pueda emprender algo. Parece casi imposible inculcar en el espíritu político nacional actual el encanto bienhechor de la simpatía. Los organismos políticos se niegan a oír los acordes del pensamiento y del sentimiento; los rechazan. Debemos ganar al individuo para nuestra causa, y cambiar la manera de pensar del europeo medio.

Poco a poco, pasamos de la cuestión de saber lo que se puede hacer en el terreno de la cooperación intelectual, a la de saber cómo debe hacerse. En esto, el porvenir nos parece más oscuro todavía. Estamos lejos de obtener este cambio de estado de espíritu necesario para el destino de nuestra cultura. Nuestra época es salvaje. A veces se diría que hemos recobrado todas las pasiones primitivas y todos los vicios de nuestros antepasados, su desdén por la vida de nuestros semejantes, su astuta duplicidad, su pernicioso e infantil hábito de vanagloria y de jactancia, sin

conservar nada de su profunda y saludable veneración por las cosas sagradas.

¿Qué debemos hacer entonces, cada uno en nuestro pequeño dominio, para preparar el sitio a una civilización renovada y pura? El método en sí mismo parece bastante fácil, pero, ¿cómo realizarlo? Sería saludable, sin embargo, que el mundo adoptara el hábito social de toda la gente civilizada de no alabar sus propios méritos. Si fuera posible obtener que se considerara que es de mal gusto hacer a voz en cuello el elogio de su propio país, el mundo avanzaría mucho en su búsqueda de la felicidad. No gritamos a quien quiera oírlos los méritos de nuestra fe; es sagrada para nosotros. No exaltamos en público las virtudes de nuestra bienamada. Entonces, si amamos nuestra nación y es sagrada para nosotros, ¿por qué exaltar sus méritos con tan pomposo orgullo y con estrépito ensordecedor? El hipernacionalismo, incluso el bolchevique, mera variedad del corrientte, es la maldición de nuestro tiempo. Es posible que en el futuro, una vez que estas deformaciones hayan desaparecido, se las clasifique en la historia al lado de los suplicios de los brujos y de las matanzas de seres humanos de las épocas pasadas.

El filisteo profetiza a todo genio el triunfo, más tarde o más temprano, precisamente por ser un filisteo, y si hay genios que no acaban en la cruz ni en la hoguera, es porque a la postre se resignan a no ser tampoco más que eso: filisteos. Jamás la sociedad burguesa se habría avenido a reconocer como prestigios a un Goethe o a un Hegel si no hubiesen vestido casaca.

Franz Mehring.—Genio y sociedad.

UN PROCESO ESPIRITUAL

POR MARTÍN BUBER

De Renacimiento

EL judaísmo es un proceso intelectual y espiritual que se manifiesta en la historia interna del pueblo judío y en las obras de sus grandes representantes. Identificar este proceso como lo hacen Lazare y Ajad Ha'Ham (cada uno en su idioma) con la doctrina de la unidad o el espíritu de los Profetas, es limitarlo indebidamente aun. La doctrina de la unidad no es más que un solo elemento, y el espíritu de los Profetas sólo una etapa en ese gran proceso que ha de llamarse judaísmo. Y únicamente el que capte este proceso en toda su magnitud, en todo el apogeo de sus elementos constituyentes y en las múltiples transformaciones de su revelación a través de la historia, puede comprender el significado de lo que yo llamo renovación.

El proceso espiritual del judaísmo se efectúa históricamente como la búsqueda de una realización cada vez más perfecta (incorporación en términos vitales concretos) de tres ideas interdependientes: la idea de Unidad, la idea de Acción, la idea de Futuro. Cuando hablo de ideas no me refiero, desde luego, a conceptos abstractos, sino a tendencias naturales en el carácter nacional, que se manifiestan tan poderosa y tan perdurablemente como para producir ese complejo o red de obras y valores espirituales que bien puede decirse son la vida absoluta del pueblo de Israel.

Ahora bien, todo pueblo de fuertes

dones específicos tiene tendencias similares que le son propias y todo un mundo de obras y valores que constituyen las expresiones creadoras de esas tendencias, de modo que puede decirse que vive una vida doble: una, fugitiva y relativa en la sucesión de sus días mortales, en el sube y baja de las generaciones; la otra (estrictamente simultánea con la primera), una vida absoluta y permanente en el mundo del espíritu errante del hombre. Y aunque en aquel vivir primero o relativo todas las cosas parecen accidentales y a menudo dolorosamente sin significación, están reveladas, sin embargo, en esa otra vida absoluta, con más y más claridad, las líneas grandes y radiantes del significado y de la necesidad al mismo tiempo.

La vida relativa de un pueblo sigue siendo la posesión de su conciencia de pueblo; su vida absoluta entra inmediata o mediatamente dentro de la conciencia de la humanidad. Pero entre los pueblos de la tierra ninguno hay en que este constante engendrar de una vida absoluta, en que el característico proceso espiritual sea tan visible y esté tan fuertemente marcado como en el pueblo judío. En su vida relativa, hasta en ese aspecto que se llama comúnmente historia, así como en el día común de todos los momentos presentes, existe la confusión de propósito finito, de premura, deseo y dolor. Pero de esta confusión se levantan siempre, radiantes y magníficos, los fines eter-

nos, y escriben sus signos indestructibles a través del cielo de la permanencia. Y a la mirada que penetra, al través de la vida relativa, hasta la absoluta del pueblo judío, se revela que la primera, con toda su atareada confusión, existe solamente para engendrar la segunda y que ésta es la realidad final

y aquélla solamente la apariencia de muchos colores, múltiple y fugitiva. La prueba de esto puede hallarse más clara e inequívocamente a través de la vida del pueblo judío que por cualquier otro camino, y por esta razón me atrevo a llamar al judaísmo un proceso espiritual.

ADUANA LINGÜÍSTICA

POR ALFONSO REYES

De Literatura. Río.

1. La "desaprensión", la incuria, las pocas ganas de informarse a fondo de las cosas, el figurarse que la creación comienza con nuestra pobre vida personal, y hasta la fraternal malicia con que consideramos la casa del vecino—todos esos vicios de la mezquindad y la pequeñez... ¡Pensar que andan por ahí millares de hispanoparlantes asegurando que el portugués—lengua cien veces ilustre—es un castellano estropeado! Y cuando lo han dicho se quedan tan contentos como si acabaran de inventar esa burla ya tan sobada, el más común de los lugares. Justo es decir que este disparate tiene su equivalente del otro lado, pues tampoco entre los de habla portuguesa faltan algunos audaces que anden repitiendo por ahí que el portugués está más cerca del latín y que, en consecuencia, es una lengua de mayor dignidad. Doble disparate: porque la distancia del latín es fenómeno incommensurable en el caso, y porque tampoco establecería tal distancia criterio alguno de excelencia. En otros siglos

se pensaba que las lenguas románicas llamadas vulgares, eran una corrupción del latín en el sentido moral de la palabra. No sentimentalicemos los fenómenos de la evolución lingüística. Desafío al latín clásico a decir, con sus propios recursos, lo que yo me soy capaz de decir en mi castellano vulgar del siglo XX.

2. Naturalmente lo que más se nos parece es lo que más nos choca en sus diferencias. Y el choque puede llegar hasta el sentimiento de lo grotesco. Pero este sentimiento es igual y es igualmente legítimo del lado castellano y del portugués. Acontece aquí algo parecido a lo que acontece con la canturía o sonsonete de cada región.—"Los mexicanos—dice, por ejemplo, el argentino—tienen un "cantito" al hablar".—Pero lo mismo dirá el mexicano de los argentinos, y los dos con igual razón. No hay habla neutra. Todos cantamos, sino que ya sólo sentimos la canción extraña y no la nuestra, que se nos borra como un perfume habitual. Y tan legítimas todas. Es

lo de la paja y la viga en el ojo: oímos la tonada en la voz ajena, y no la sinfonía en la propia.—Pues de modo semejante hallamos chistosos o antipáticos (según el temperamento de cada cual) esos cambios de acento entre el castellano y el portugués: **imbécil-imbecíl, farmácia-farmacía**; o esos cambios de significación que parecen hechos de propósito para desconcertarnos: **barata por cucaracha o corredera por cepillo**, y otros más que pudieron amargar la vida en el Brasil a cierto prohombre de Panamá. El cual se apellidaba—y para colmo, con reiteración de doble apellido—de un modo parecido a Bastos y que aquí ni siquiera puede nombrarse.

Porque éste es el mayor escollo: las palabras usuales en una de las dos lenguas, que en otra resultan vitandas. Consejo a la Dirección del Turismo: a todo viajero de lengua española que desembarque en un puerto de habla portuguesa entréguesele un cartoncito con la lista de palabras iguales a las palabras castellanas, pero que en portugués significan otra cosa, y en el caso de significados indecentes, póngase una crucecita roja, como para el nombre hispanoamericano del **mao-mao**.

La verdad es que dentro del sólo orbe castellano pudiera hacerse algo parecido. ¿Qué puede entender el sombrero español si el viajero argentino le pide un **ranchito** (sombrero de paja)? Pues, y el pánico en un salón argentino cuando un español llama al nácar por su castizo nombre de **concha**? Y el adjetivo que aplica una señora argentina a la falda arrugada, ese adjetivo abominable que empieza con **ch**? No lo oigan mis castos oídos mexica-

nos! El mexicano, por su parte, no puede pedir en la Argentina una caja de cigarrillos con el diminutivo habitual en nuestra tierra, ni menos mencionar nuestro clásico dulce-de-leche de Celaya. Und so weiter...

El hispanoparlante cree convencerse a primera vista de que ciertas palabras portuguesas son términos españoles mal usados adrede: **grade** por **reja** o **cancela**, **escaler** por **bote** o **lancha**, **vidro** por **frasco**, **xingar** (ya lo solté por fin) por **denostar** o **injuriar**, y aun el galicismo **paletó**, que entre nosotros es un abrigo y entre ellos es un saco, chaqueta, americana o como se llame. Pero ellos tendrían igual derecho a acusarnos a nosotros de que trocamos adrede los significados. Hagamos de cuenta que el demiurgo de las lenguas ibéricas contaba con expresiones y símbolos escasos, y, para tener un par de lenguas, a veces se limitó a cambiar los sentidos.

3. Son muchos los peligros de la cercanía. Poseer a la vez, y poseer a la perfección, cuatro lenguas afines y que se perturban entre sí y aun atajan el aprendizaje por lo mismo que se entreadivinan, como el portugués, el castellano, el italiano y el catalán, yo lo reputo por la mayor acrobacia lingüística. Junto a esto, me río del árabe que habla alemán o del malgacho que traduce a Góngora, como mi amigo el poeta Rabearivelo. Aquello sería, al pie de la metáfora, tan sutil como partir un cabello en cuatro.

4. Lengua cien veces ilustre la portuguesa. Ilustre por ser la expresión de una grande epopeya histórica que dejó sus huellas en todo el mundo conocido, y todavía supo abrir nuevos cami-

nos al esfuerzo humano. Navegación y descubrimiento, civilización y conquista: tales las hazañas del pecho siempre invicto lusitano. Con razón descubre Valéry Larbaud este rastro real! en el testimonio de las palabras suntuarias, las que designan objetos de lujo y cosas preciosas. Lengua también ilustrada por sus tesoros literarios, madruga a cristalizar las formas de la lírica independiente en la Península Ibérica, cuando todavía no se atrevía con ellas nuestro castellano central. El mismo rey Don Alfonso el Sabio, que da su unidad a la prosa castellana, tiene que pasarse a la otra lengua vecina, al galaico-portugués de los trovadores, cuando se ensaya en los metros líricos para cantar los loores de Santa María. El que ama de veras la lengua castellana tiene que amar a la vez la lengua portuguesa. Ambas se fertilizan la una por la otra, y mutuamente se acarician y halagan. Yo me complazco en citar siempre que puedo el consejo del purista Estébanez Calderón, al joven escritor y diplomático Juan Valera:

"Y a propósito le diré, si es que ya no ha caído en ello, lo útil que nos es la lectura de los buenos prosadores portugueses. Los lusismos sientan maravillosamente a nuestra lengua: son frutos de dos ramas de un propio tronco, que se ingieren recíprocamente para salir con nueva savia y no desmentido sabor".

La luz del latín cae y se refracta en los dos prismas. Ambos efectos de refracción, conjugados, comparados, nos ayudan a mejor percibir el primitivo sabor latino, que a veces el uso ha desgastado. Y las palabras como que se enriquecen en este juego.

5. Dos testimonios sobre el aprendizaje de una lengua: uno, aquellos ensayos de Mark Twain sobre *El italiano sin maestro*, chistosa descripción de las tribulaciones de un angloamericano entre la abundancia de nuestras formas verbales: otro, más reciente y de mejor calidad para mi gusto, los *Divertimientos filológicos*, de Valéry Larbaud, cuando se entregó sólo, en Lisboa, a la entretenida tarea de pasarse del francés al portugués, apuntalándose un poco con el latín y un mucho con el castellano. "Esta ciencia, esta lengua—dice— la he aprendido como se obtiene el amor de una mujer". Y nos va relatando, punto por punto, su sabrosa aventura: "Yo era todo ojos y todo oídos, todo atención y respeto, consciente de habérmelas con los elementos de uno de los grandes idiomas literarios, con un vocabulario y una sintaxis glorificados por algunos de los más grandes poetas, dramaturgos y prosistas del Occidente". Si todos llegaran al portugués con igual inteligencia de amor!

Tipo del error iberoamericano en política y en todo: el platense medio (no el erudito)—aunque dispuesto a confesar sus italianismos, porque, viniendo de Europa, le parecen menos humillantes—difícilmente reconoce y acepta el que se le hayan deslizado, frontera adentro, algunos brasileñismos en el habla corriente. Y la recíproca es igualmente verdadera, y en igual grado lamentable.

6. A veces—y aquí está el toque de perfección—las diferencias milimétricas en los significados secundarios son las que dan a la frase su atmósfera castellana o portuguesa. Yo puedo decir

en ambas lenguas: "La juventud universitaria, en plena mocedad..." Pero se me antoja que esta forma es más directa e inmediatamente castellana, y que la correspondiente portuguesa sería más bien: "La mocedad universitaria, en plena juventud..."

A veces, apoyando más acá o más allá en las connotaciones accesorias, la palabra, de una a otra lengua, de tal modo parece trasladar su sentido que viene, prácticamente, a significar otra cosa: tal el adjetivo *exquisito*, encomiástico en castellano y peyorativo en portugués; tal el adverbio *apenas*, que en castellano significa una dosis mínima y en portugués equivale a *solamente*.

A veces, al traducir del portugués, os encontraréis con una cosecha de palabras castellanas caídas en desuso o poco difundidas, como *curuja* (lechuza), *virazón* (brisa).

7. Cierto día creí descubrir una de las leyes diferenciales en la evolución de ambas lenguas. No me refiero a aquella aparente pérdida silábica (*caliente-queante, doliente-doente, vuelo-voe, dolor-dor, color-cor*), sino a algo más medular y profundo. Simplemente al discurrir por la calle, reparé en las expresiones usadas por gente de apariencia humilde. Cerrando los ojos, yo, en mi imaginación, hubiera vestido con otros trajes a los interlocutores y les hubiera prestado otra condición social superior. (Ignoro si el portugués europeo ofrecerá el mismo fenómeno, y nada tendría de extraño que la inimitable cortesía brasileña haya impreso poco a poco en el habla su sello de característica pulidez, pero me figuro que mi observación tiene valor general). A

poco andar, un vendedor pregonaba, a voz en cuello: "¡Sorbetes de diversas cualidades!", frase que en las calles de Madrid casi sería recibida con silbidos por alambicada y compuesta. El vendedor, en la metrópoli de la lengua hispánica, hubiera procurado, al contrario, alardear de plebeyismo y escoger la expresión y el tono más de la mediacalle: "¡Heláos, de tóos ellos!", o algo parecido. Y recordé que aun la gente mexicana, recién llegada de su solar, hace sonreír un poco a los madrileños por aquella su manerita que resulta, comparativamente, algo escogida y redicha; por aquella preferencia del término sabio que hace a muchos de nosotros decir: *localizar a Fulano*, en vez de: *encontrar a Fulano*; por aquella pronunciación meticulosa de las consonantes acumuladas. (El mexicano tiende a decir con todas sus letras: *perfecto*, donde el español, tiende a decir: *perfeto*, y dice: *exacto* donde éste dice *esato*). Tal parece que, mientras el castellano central va lanzando hacia el popularismo, el portugués se concentra hacia los cultismos y formas escolares. No quiero sacar conclusiones sobre si hay evolución ascendente o descendente. Unos pensarán que el popularismo es vida y el cultismo agonía; otros pensarán, al contrario, que la lengua se regenera y vitaliza por la cultura, y se pierde y borra en el abandono callejero. Tampoco quiero sacar de aquí fáciles metáforas políticas, de que desconfío por lo fáciles. En rigor no quiero concluir nada. Sólo quise pasear un poco por esta frontera de las lenguas, donde—como en todas las fronteras—aprendemos a perdonar y a pedir perdón; es decir: a entender. A

UN POETA ALCIONICO

POR MARIO JUÁREZ

De Repertorio Americano

EXISTEN los poetas y los que perfeccionan versos: extremosa mayoría éstos, en todo tiempo y hoy acaso más que nunca; minoría ceñida los primeros. No menos tangible que tal hecho es lo arduo de definirlo, de puntualizar bien la entrañable diferencia que categoriza ambos grupos. El poeta-larva o poeta-eco, suele explayarse desde el untoso sentimentalismo de los chicos o chicas de salón, hasta el redomado enmarañamiento y el tecnicismo jadeante de los eruditos y los repentizadores de escuelas literarias. En el fondo monta lo mismo: son siempre los chalanes de palabras, los que herborizan en las obras ajenas, los gritadores afónicos, los elegantes según el modisto más acreditado y aun los que revuelven el agüita de su charco para que no se vea el fondo y lo tengamos por insondable.

Riesgoso es trazar fórmulas, pero el poeta, el que viene con credenciales firmadas por la Naturaleza me parece reconocible en algo como un genial menester que lo promueve al canto, en el latir vivo de su ritmo, en su verso, no hechizo, sino criatura respirante que nos franquea un alma o inventa otra vez cada cosa.

Ahora bien, creo yo, sin gran miedo de errarla, que en algunos poemas de Luis Franco y en varic verso suelto suyo, topamos con el más arisco de los hallazgos—un poeta.

No se me esconde lo operoso o imposible de captar en una fórmula o una palabra lo substancial o idiosincrásico de un escritor o un estilo. Mucho más, está sobredicho, si se trata, como en el caso, de un espíritu ambicioso e inquieto como una proa.

Obvio como en casi nadie, es en este poeta el don, según lo declaran el salto manantial de su verso, su sentir e intuir sojuzgadores de la realidad y su imaginación de poderío infatigable. (Y se trata, sobre todo, de la tan arisca "fantasía para la verdad de lo real" que encarecía el maestro). Y convoyando la virtud matriz van las otras que han armado un artista experto de innumerables secretos y de un verbo cada vez más sobrio y más capaz y asistido de una voluntad insomne.

Aventuro que hasta hoy—y sin que eso signifique mirar de soslayo sus otros logros indiscutidos—por encima de todo, Luis Franco nos pone en presencia de un veraz poeta de la naturaleza—no un fotógrafo ni un paisajista, entendámonos—sino un sentidor de la Naturaleza viviente, uno de sus íntimos, en esos cantos de serenidad religiosa o de alegría más purpúrea que una vendimia.

"Uno de los poetas mejores de América, por ser plenamente lo que es"—

a juicio de Federico de Onís—para quien Luis Franco: "ha escrito con naturalidad y frescura, con seguridad y justeza de expresión, con novedad de imágenes y plenitud vital, una poesía sobre temas campesinos humildes y elementales, que se aleja de todo lo local y subjetivo para identificarse, como las poesías primitivas, con la naturaleza y la humanidad eternas".

No ha de ser con todo extraño a mucho de su arte la vida de este hombre. "El solitario de Belén" es maestro de surcos y de árboles. Baqueano en el arado y el machete de monte, las geórgicas que canta las vive primero con dureza. Un íntimo hospedarse en algunos ojos que privilegiaron sus co-

plas, un desfogarse en partidas de caza son todo el desquite de su porfiado y atareado aislamiento. Mozo quito de cualquier ambiciar burgués o doctorero no tiene más mundana codicia que su libertad, mantenida a coste recio, querida como le es "más que los senos de su compañera de lecho".

Lo veo en su biblioteca, cuya estantería salió de sus manos, recién apeado de su caballo que resopla afuera, sentarse, calzadas aún las espuelas, a su mesa de trabajo, enfrentando las sombras del Cellini y del animador de Calamus, al lado de sus caramañolas y escopetas de caza, cerca de su perro acezando a compás de la pluma que trota ya de avanzada...

COPLAS DE GESTA

POR LUIS FRANCO

De Suma

Mi ademán y mi voz levanto
para alerta, no maravilla;
os envío mi canto
como viento a la trilla.

Tan poca cosa
y es todo el arte:
que el alma sea tan vistosa
como la carne.

Respiro difícilmente
como en la altura;
he ascendido hasta ti,
oh, criatura.

Si tu ritmo es tan profundo
que el todo es tu consonante,
vuelves a crear el mundo
a cada instante.

que lo más antiguo me envuelva:
un pájaro es mi pensamiento,
y en todo lo demás soy selva.
Resisto, pero al fin consiento

Recién nacidos, sucios
y aun sangrientos,
¡cómo no he de ocultar
mis pensamientos!

Poeta, por cuidar tus uñas,
no manches tu alma con tu tinta;
audacia de aguilucho guarda
y prudencia de madre encinta.

El nocturno de las almas
asciende con las estrellas.
Lo nuestro más hondo y alto
no deja en el día huellas.

Con tus ojos de música
lo más profundo nombras
y tu voz de lucero
acobarda las sombras.

Armado de fuego y de viento
en guerra, tras de un nombre.
Verdad que eso no vale nada,
pero ayuda a ser hombre.

El pasado y el futuro,
caminante,
son los pulmones del presente
respirante.

Anochecidas edades
de cosmos y humanidad
resurgen en mi jornada
de claridad.

Palideces de repente
como el olivo bajo el viento
conmovido en tus raíces
bajo el pensamiento.

Un alma hambrienta de días
y hambrienta de eternidad;
tan sólo entre dos tormentas
hallo mi serenidad.

Vergonzantes de su alma
y engraidos de cualquier trasto,
cabizbajos como el buey
filosofando su pasto.

¡La humanidad en capilla!
Vates, saludo
vuestra discreción sencilla
de sordomudos.

El peso que llevamos
en la espalda o la frente
recarga nuestro corazón
finalmente.

Enigma del ser y el ver,
yo estoy inerme;
la noche se hace mujer
para perderme.

Y al fin se para, deslumbrado,
el andariego.
La noche es un iluminado
canto de ciego.

El mundo es palidez y olvido,
¡pero que inundación de cielo!
Yo escucho mi alma y el quejido
de los buhos en celo.

El andamio del más allá
tirarás, hombre, cuando acabes
de alzar la torre que eres ya.

Lo inmemorial y lo fresco
en mi garganta se acopla;
sabor de mundo te ofrezco
y mi América en la copla.

FRAU MARX

POR MALCOLM COWLEY

De New Republic

DE Juana Berta Julia Jenny von Westphalen tal como era en su juventud, nada sobrevive fuera de un daguerreotipo que nos ofrece una borrosa visión de hombros blancos, boca sonriente y ojos serios, grandes, tiernos. Era hija de un noble, "la muchacha más hermosa de Tréveris", "la reina de sus bailes". Pero se enamoró de un rebelde estudiante judío algo más joven que ella, casándose con él después de un noviazgo que duró desde 1836 a 1843, siete largos años. Entonces, tras una corta luna de miel, le siguió al destierro, "el hogar de la virtud".

Debe haberse sentido muy feliz en su amor por su marido para olvidar las dificultades que tuvieron que sufrir al principio. Tenían una pequeña entrada, pues la familia de Carlos era bastante próspera para ayudarlos un poco. Tenían además una revolución en perspectiva, que cambiaría su mundo... Pero la revolución se produjo y su único resultado fué que Carlos gastara cuanto tenía y cuanto pudo conseguir prestado para sostener durante un año su periódico revolucionario. Cuando volvieron otra vez al destierro con sus tres hijos, no poseían nada, ni siquiera deudas. Sólo una boleta que comprobaba que Jenny Marx había empeñado la platería familiar.

Durante sus primeros años en Londres pasaron con frecuencia hambre; a veces vivían un mes de sólo pan y papas. En ocasiones, Carlos no podía salir de la casa por falta de zapatos,

y, como le dijera a Engels delante de la misma Jenny, por falta de "abrigo para cubrirme el dorso". La familia entera solía enfermarse—Jenny, la pequeña Jenny y Lenchen, la fiel criada; no tenían con qué pagar un médico. Frau Marx no se preocupaba de ella misma—"me cuento entre las mujeres felices, especialmente favorecidas al ver todavía a mi querido marido junto a mí. Lo que en verdad me quebranta, lo que hace sangrar mi corazón, es que mi marido tenga que padecer tantas mequindades, que sean tan pocos los que le ayuden a él, a quien con muy poco se ayudaría y que a tantos ha ayudado generosa y alegremente. Y no crea usted, querido Weydemeyer, que exigimos nada de nadie para nosotros mismos. Lo único que mi marido exigiría de aquéllos que tantas ideas, tantos ánimos y tanto apoyo tuvieron en él, sería un poco más de energía, de celo y de entusiasmo para la Revista. Para él, no necesita nada. Tengo el orgullo y el atrevimiento de decirlo así. Y creo que nadie hubiera salido perdiendo nada tampoco con ello. A mí, estas cosas me duelen, pero él piensa de otro modo. Jamás, ni en los momentos más terribles, pierde su seguridad en el porvenir, ni su buen humor si quiera, y para estar contento no necesita más que verme a mí un poco alegre y a los niños rodeando y haciendo caricias a su pobre madre".

Guido, el cuarto de sus hijos, murió en parte a causa de las tribulacio-

nes de ella. Pocos días antes de que ocurriera se quejaba en una carta a ciertos amigos que habían emigrado a América: "el pobre angelito mama con su leche tantas penas y amarguras que siempre está enfermo y con violentos dolores día y noche... En tal estado succiona con tanta fuerza que llega a irritarme el pecho hasta hacérmelo sangrar; a menudo la sangre corre por su boquita".

El quinto de sus vástagos, Francisca, nació en la primavera de 1851 y llegó a vivir hasta la Pascua de 1852. Frau Marx escribe en su diario: "Durante tres días la pobrecita luchó contra la muerte, sufriendo muchísimo. Su cuerpecito sin vida quedó en la alcoba y nosotros nos fuimos al cuarto delantero donde al llegar la noche hicimos las camas en el suelo. Nuestros tres niños se acostaron con nosotros y todos llamamos al pobre angelito... Estábamos a su muerte en la peor pobreza. Fuí a ver a un refugiado francés de nuestra vecindad, que nos había visitado recientemente. Me recibió lleno de fineza, facilitándome de buen grado dos libras. Con este dinero pagué el ataúd en que mi niña descansaría en paz. No tuvo cuna cuando nació..."

Su sexta hija, Eleonor—a quien llamaban "Tussy"—nació prematuramente; Frau Marx estaba dichosa de que viviera contra todas las profecías. Pero durante el mismo año, 1855, sufre el golpe más terrible con la enfermedad de su único hijo, Edgar, "alma y vida de la casa". Murió en los brazos del padre. Aquel día y durante los diez años siguientes, Frau Marx, no dejó de decir que hubiese querido estar en la tumba con sus hijos.

Años más tarde escribió una carta de

consolación a sus amigos, los Sorges, por la pérdida de dos hijos adolescentes. Decía: "Conozco demasiado qué terrible es y cuánto tarda uno en recobrar la calma después de una desgracia semejante; pero la vida de todos los días con sus pequeños placeres y grandes inquietudes, con sus mezcuninos cuidados y sus angustias menores viene en nuestra ayuda y poco a poco el gran sufrimiento es apagado por las inquietudes y las penas del momento, de modo que sin darse cuenta casi la angustia violenta disminuye; claro que tales heridas no se curan nunca y menos en el corazón de una madre; pero gradualmente se recobra la receptividad y hasta la capacidad para nuevos sentimientos y placeres y uno sigue viviendo con el corazón roto, pero esperanzado hasta que al fin se hace el silencio y reina la paz eterna".

Frau Marx se consumió lentamente de cáncer sufriendo por no poder compartir sus últimos días con su marido. "El Moro", como lo llamaban sus hijas, estaba gravemente enfermo de bronquitis y con una neumonía incipiente; agonizaban en cuartos separados. La pequeña Tussy escribió: "Nunca olvidaré la mañana en que papá se sintió bastante fuerte para levantarse y entrar al cuarto de mamá. Era como si hubiesen vuelto a la primera juventud—ella, una encantadora muchacha y él un joven ardiente, que empezaran juntos la vida; y no un viejo acabado por la mala salud y una anciana moribunda, despidiéndose uno de otro para siempre".

Marx sobrevivió quince meses a su mujer; pero su espíritu estaba roto. Federico Engels dijo el día de la muerte de ella: "El Moro murió también".

EN LA MUERTE DE MARX

POR JOSÉ MARTÍ

De La Nación, Buenos Aires

VED esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño y arde en ansias temerosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blanco al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese sin que se desborde y espante. Ved esta sala; la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fué su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista entornece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ella.

Nueva York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huuye; allá le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de enseñar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa,

y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de senos de pueblos en la Historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fué sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer el bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Aquí están un Lecovitch, hombre de diarios; vedle cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakunin: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: "Dah dah", responden entusiasmados desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma; mas no, no son aún estos hombres impacientes y generosos manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo; ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse; pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador. Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vió en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates. Aquí está el alemán Johan Most, vocedor insistente y poco amable y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar

las heridas que abra su mano siniestra. Tanta gente ha ido a oírles hablar, que rebosa en el salón y da en la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tantos hombres hay muchas mujeres. Repiten en coro, con aplauso, frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella: "La libertad ha caído en Francia muchas veces; pero se ha levantado más hermosa de cada caída". Johan Most habla palabras fanáticas: "Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos. Dice un Magure: "Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de lo que fué en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores venidos de Francia y de Inglaterra". Habla un bohemio. Leen una carta de Henry George, famoso economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo aquí, y en Inglaterra famoso. Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea, en tanto que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan cantos; pero se nota que no son los de la paz.

Nueva York, 29 de marzo de 1883.

El caso de Mr. Bernard Shaw ofrece un ejemplo aun más curioso del efecto que ha producido en sus escritores la fase por que ha pasado durante los últimos cincuenta años el capitalismo británico. Shaw es considerado probablemente como el escritor más notable de nuestro tiempo. También él se ha dedicado, como Wells, a estudiar directa e indirectamente la sociedad como un todo. Dotado de un espíritu más agudo que sus contemporáneos, fué uno de los pocos ingleses que leyó y comprendió el primer volumen de *El Capital* en los primeros diez años que siguieron a su publicación. Pero su reacción ante tal experiencia fué de lo más extraña. ¡Le indujo a formar parte de la Sociedad Fabiana! Y, sin embargo, hacer esto era, en un sentido, lógico; mostraba, por lo menos la aguda visión que Shaw tenía de la realidad inmediata; su sentido casi—o enteramente comercial de lo que había de ser inmediatamente posible.

Interesante especulación imaginar lo que hubiera ocurrido si Mr. Shaw se hubiera hecho revolucionario, hacia el año 70 del siglo pasado, en vez de hacerse fabiano. Es muy posible que disfrutara en la actualidad de fama inmortal, como una de las dos o tres figuras europeas de los últimos siglos. Pero es probable también que estuviera ya muerto desde hace bastante tiempo. Su vida hubiera sido, desde luego, menos próspera, fácil y segura económicamente; se le hubiera negado, probablemente hasta las persecuciones, y de haber muerto, digamos, hacia 1913, hubiera muerto como Marx lo hizo hacia el año 80, en lo que al mundo capitalista le hubiera parecido fracaso y olvido. Poca duda puede haber de que Mr. Shaw previó, más o menos claramente, todo esto. Se dió cuenta de las contradicciones inherentes al capitalismo, de la imposibilidad de toda solución que no fuera el socialismo. Pero previó también el hecho de que el capitalismo británico duraría de todos modos tanto como él mismo.

John Strachey.—La lucha por el poder.

BABEL

REVISTA DE REVISTAS
APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Suscríbese usted a BABEL y recomiende a sus amigos que hagan otro tanto.

Los números que BABEL publicará cada año formarán gruesos volúmenes de numeración corrida a los que agregaremos un índice de nombres y títulos para los suscriptores.

En las páginas de BABEL encontrará usted el artículo que le interesaba guardar y que ha perdido.

Díganos cuáles son las reproducciones de BABEL que más le gustaron y tendremos en cuenta su opinión.

Si usted quiere hacer llegar a BABEL algún recorte o versión tiene que acompañar el texto original de donde procede.

La dirección de BABEL tiene el propósito de mantener el mayor contacto posible con los suscriptores de la revista. De ellos depende pues, también su continuidad.

Suscripción mínima a 12 números en Chile... \$ 10.00
» » a 20 » fuera de » ... \$ 1 oro

Pedidos de suscripción a la

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA 125.—SANTIAGO DE CHILE

acompañando el importe en giro postal o bancario.

BIBLIOTECA SELECTA NASCIMENTO

OBRAS PUBLICADAS

| | |
|---|--|
| N.º 1. EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, novela de Edgardo Garrido Merino. \$ 10.— | N.º 23. PRISIONERO DE GUERRA, por Augusto Guzmán..... 12.— |
| N.º 2. ALGO DE LO QUE HE VISTO, Memorias de Don Crescente Errázuriz. 20.— | N.º 24. EL CACHORRO, por Víctor Domingo Silva. ... 12.— |
| N.º 3. CASA GRANDE, novela de Luis Orrego Luco.... 12.— | N.º 25. EL MONJE POLITICO, por Alejandro Vicuña..... 12.— |
| N.º 4. MERCEDES URIZAR, novela de Luis Durand.. 10.— | N.º 7, 9, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 son los tomos IX, X, III, IV, V, XII, XIII, XIV y XV respectivamente de las LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, de Aurelio Díaz Meza, c/u..... 12.— |
| N.º 5. EL MUNDO EN LLAMAS, novela de Boris Shatzky..... 10.— | N.º 31. LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA, por Enrique Molina..... 20.— |
| N.º 6. EL VALLE DEL SOL, novela de Diómedes de Pereyra..... \$ 12.— | N.º 32. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, por Augusto d'Halmar... 15.— |
| N.º 8. MELPOMENE, poemas de Arturo Capdevila..... 10.— | N.º 33. IMAGENES DE CHILE, por M. Picón-Salas y G. Feliú Cruz..... 20.— |
| N.º 10. HOJAS AL VIENTO, por Diómedes de Pereyra 12.— | N.º 34. CAUCHO, por Diómedes de Pereyra..... 20.— |
| N.º 11. LA SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegria... 10.— | N.º 35. ORATORIA, por José María Pinedo..... 10.— |
| N.º 12. DEL CALDERO DEL CHACO, por Aquiles Vergara....., 12.— | N.º 36. MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro. 10.— |
| N.º 13. SANGRE DE MESTIZOS, por Augusto Céspedes 10.— | N.º 37. CAMARADA, por Carlos Sepúlveda Leyton.... 15.— |
| N.º 14. SUS MEJORES CUENTOS de A. Hernández Cata..... 20.— | N.º 38. POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por Enrique Molina..... 20.— |
| N.º 15. MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS, por Ramón Subercaseaux. 2 tomos..... 25.— | N.º 39. BULA MATARI (Stanley en Africa), por Jacobo Wasserman..... 15.— |
| N.º 16. LAS DOS ESPAÑAS, por Fidelino de Figueredo 10.— | N.º 40. GOLONDRINA DE INVIERNO, por Victor Domingo Silva..... 12.— |
| N.º 17. MEMORIAS, por Abdón Cifuentes. 2 tomos.. 30.— | |
| N.º 18. ZOÉ, por Benjamin Subercaseaux..... 12.— | |
| N.º 21. NICARAGUA L. RICA, por Augusto Oviedo Reyes..... 15.— | |